



Mauricio Bacarisse

Kinésopo

El elogio de lo pasajero

En uno de esos descansos de quince minutos llenos de temblores de timbres y de arabescos de tabaco inglés, mi amigo el ensayista y yo permanecemos con la boca abierta y los ojos entornados, de cara a las luminosas queseras de los cenitales. Repantigado en el diván, envuelto en el caparazón de su abrigo que nunca se quita, no me deja ver más que sus gafas y sus manos. Acciona con ágiles y elegantes movimientos digitales -más bien de hombre que quiere hacer figuras chinescas con las manos que de bailarina rusa- y, poniendo la siniestra delante de sus cristales redondos, alternativamente, intenta persuadirme, reforzando sus sutiles argumentos con el lenguaje de sus dedos que están capacitados para vencer el obstáculo de lo absurdo (sordera espiritual), que exista alzado en el alma de su interlocutor:

-He visto que concibe usted la historia del cinematógrafo según un desplazamiento de la imaginación del protagonista, más o menos visionario, hacia la imaginación del propio autor de películas. La película cómica o la que interpreta y camina a la sombra de una obra famosa fueron la expresión primera de que un arte nuevo se manifestaba en aquel poderoso medio auxiliar. Dejemos lo cómico aparte para tratarlo separadamente, y recordemos que el cinematógrafo empieza como ensayo de láminas animadas y variables de un libro histórico, de un poema famoso o de una fascinadora novela de caballería. Hago observar a usted, de pasada, que la ilustración complementaria tiene una importancia sin igual y que tiene, asimismo, sus límites en el género de la obra ilustrada. Una de las primeras películas que yo vi reproducía los más conocidos episodios de la vida de Guillermo Tell.

»Gustavo Doré ya había hecho, y con meritorio éxito, las ilustraciones de los libros. Faltaba, pues, la ilustración para la pantalla. Si Gustavo Doré tenía una imaginación poderosa y un alma llena de la prosopopeya de los grandes poemas, el cinematógrafo poseía la kinesis y el tiempo, es decir, la posibilidad de desarrollar y prolongar el

momento alegórico y sintético del grabado. Ahora bien, los paisajes de -448- la imaginación tienen un prestigio muy distinto a los que la tramoya pueda levantar. La labor de reconstitución emigraba de la literatura y se dirigía hacia un arte nuevo donde podía encontrar cobijo grato y suntuoso.

-¿Y no cree usted que en esas torpes, ingenuas y rudimentarias reconstituciones legendarias o históricas se inicia y enciende el primer fulgor de la imaginación de un director artístico? ¿No cree usted que en las más rigurosas imitaciones de un período histórico no existan ya en germen los procedimientos, los trucos y los efectos que después, y cada día más, parecen definir insistentes las características del arte cinematográfico?

-No vaya usted tan de prisa, querido cronista, ni persiga la piedra filosofal de la estética de este espectáculo con tanta impaciencia. Me permito aconsejarle un poco de calma. Me considero muy dichoso al ver que concebimos el problema aproximadamente en la misma extensión; en la triple esfera del mundo del fantasma-protagonista, del creador o autor del poema luminoso, y del espectador. Para nosotros el cinematógrafo no es tal cinematógrafo. Cinematógrafo pudo ser para los que ansiaban ver en movimiento algún suceso histórico que excitaba su curiosidad. La impresión o reproducción de movimiento (kinema, kinomatos, marcha, y grafo, grabar) podía formar un vocablo expresivo de la bobalicona extrañeza que producía la adición de continuar en el tiempo los trasuntos y copias de los objetos en el espacio. Cinematógrafo es el vagido primero: tiene la torpeza de las cosas positivas. Hoy es una denominación demasiado larga, incómoda de pronunciar e insuficiente de significado. Cine es canalla e intolerable, aunque más genérico y alude con vaguedad a una oscilación, a una inquietud. Kinesis, que no solo al desasosiego físico sino al espiritual puede aplicarse, me parece más adecuado, si se tienen en cuenta las inquietudes y emociones del autor, del protagonista y del espectador. Creo que no debe usted llamarse cronista de cinematógrafo, que es cosa vieja que recuerda los sórdidos barracones de lona de los solares eternamente calvos que los arquitectos y maestros de obras dejaban en barbecho para una eternidad; debe usted titularse: el cronista del kinéscopo.

-No me parece mal y acepto la palabreja con muchísimo gusto.

-Bien; habíamos quedado en que, en la copia cinemática, se animaba el grabado y, con el prestigio del troquel histórico, se revestía una realidad fingida que transformaba el crimen indeleble en instante aterrador y la alegoría abrumadora en danzarín -449- y alado movimiento. Era restituir a la realidad los misteriosos signos que atormentaban las imaginaciones sedientas. Estas se fueron curando de sus torturantes preocupaciones, y el hecho de más resonancia y del cual queríamos ver un remedo más o menos aproximado tomó el valor de una vulgar cabalgata desprovista de todo encanto.

»El fracaso del cinematógrafo como ilustrador de poemas mostró el tesoro que encerraba tanto en las interpretaciones cómicas como en las dramáticas: la velocidad. La velocidad dio a lo trágico y a lo ridículo el valor que da un exponente y elevó sus potencias hasta los límites de lo imposible. Me he propuesto esta noche no decir una palabra acerca del problema de lo cómico. Mucho tengo que meditar en él, pues creo haber atisbado curiosas y definitivas relaciones. En cuanto a lo dramático, la intensidad se compensa con la rapidez, y los efectos no tienen ese regodeo de crueldad inquisitorial en que se complacen en poner al espectador sensible en el teatro. Lo más horrible sucede en un abrir y cerrar de ojos: una puñalada es siempre algo vago, impreciso, no en su resultado, sino en la actitud, ademán o movimiento. En la vida, es así también. En el teatro, por el contrario, el actor estudia todos los movimientos previos, que vienen a ser así como el prefacio al acto brutal, y después, en el impulso decisivo, toma una postura escultórica para asestar el golpe a la víctima, y como toda actitud escultórica debe

conservarse, porque lo apolíneo siempre aspira a la inmortalidad, los pobres corazones del patio de butacas sufren un martirio excesivo y usurario (usurario, sabe usted) y las respiraciones se atropellan anhelosas y entrecortadas.

-Veo que es usted el más aguerrido y temible paladín de este arte.

-Mi buen amigo, si hubiera un operador que pudiera graduar la marcha de la cinta, es decir, el ritmo de un drama, sincrónicamente con la velocidad media de imaginación de cada uno de los espectadores, podría ofrecer el espectáculo ideal, la reproducción del mundo de la fantasía que todos llevamos dentro. No crea usted que si el kinésopo (ya lo podemos llamar así) emociona menos dolorosamente que el teatro es porque no tenga el calor y cordialidad de vida de aquel, sino porque todo es más pasajero y dura menos aún que en la realidad, y así nos priva del dolor de padecer los trances angustiosos y en su inverosimilitud veloz nos priva de conocer el dolor y de sumirnos en la lógica y en el ritmo lento, que es otra forma de caer en el dolor.

Suplemento kinescópico

Las cintas de los candidatos

DESPUÉS DE LA LUCHA cruenta y terrible de la elección, los candidatos contrincantes se encuentran frente a frente ante un Tribunal de actas formado por magistrados del Tribunal Supremo. Y en tal ocasión, es de ver cómo cada cual, impugnador o defensor, utiliza y se vale de argumentos que no desdeñaría Pericles, «aquel que vencido en la palestra aún tenía en tierra razones para demostrar a todos que no lo estaba». Sin embargo, el período enconado y jadeante de la pelea ha transcurrido para dar acceso a las persuasiones de la habilidad. Alguna acritud se lanza como dardo postrero al «digno contrincante» que parece no oírlo y estar ocupado exclusivamente en atusarse el bigote o en saborear una pastilla de clorato, pero no es frecuente que el informante se aleje de los límites de la benevolencia demostrando cuán magnánimo ha sido para con su adversario y cómo de todas las asechanzas que ha querido ponerle ha hecho caso omiso y apenas si quiere enumerarlas, y si cita alguna, es para que sepa el Alto Tribunal de parte de quién estaba la universal razón y la particular opinión del distrito. Mas a pesar de la aparente tranquilidad de los candidatos informantes ante el Supremo, nadie puede dudar que su caso es el de pronóstico más grave. Desde la proclamación por el artículo 29 que proporciona el acta candorosa, virginal, unánime y paradisiaca, hasta los fragores de la más espantosa lucha, existe una diferencia que debe tener en consideración todo aquel ciudadano que se sienta deseoso de representar algo en Cortes. Pero a veces y casi siempre es así; los distritos en que más trabajo ha costado conseguir una mayoría, más o menos nutrida, someten al fallo del Tribunal de actas una elección dudosa o indecisa. Y al triunfante y al derrotado, o a los dos triunfantes, o a los dos derrotados después del azaroso combate del drama de la elección, les queda el horrible trance, no de pasar por otro drama, pues suficientes alientos han cobrado para ello, ya que el arrojo es algo en que la velocidad adquirida no es de despreciar, sino de actuar como personajes de tragedia antigua y lucir, no el brío del pancracio, mas sí la sojuzgadora energía de un elegante, conciso y maravilloso -452- relato. Como los personajes de la tragedia, los candidatos han de suscitar una emoción que pueda serles favorable, extendiendo algo así como el lienzo retórico en que se dibujen con más precisión y evidencia los episodios que más convenientes sean a la demostración de las más correctas y legítimas conductas. En cuanto a tropos y comparaciones, el señor

Montes Jovellar, maurista, para rebatir un aserto de su contrincante, el señor Espejo, habla de un espíritu que «fuera como el Espíritu Santo que dejara caer sus llamas en forma de papeletas electorales sobre las urnas»; esta audacia de parangón queda anulada porque es empleada en una reductio ad absurdum.

Si en lugar de una figura retórica pretendiera cualquier informante dar una representación de tal o cual suceso de los más importantes, la dificultad aumentaría. Hemos visto a los menos elocuentes esforzarse en dar a sus narraciones un notorio vigor plástico para que resaltara y fuera de intuición posible algún detalle en que la injusticia o anormalidad (esta es la palabra suave por excelencia para calificar el atropello electoral) resultara patente y visible. Yo he visto a muchos candidatos que, acosados por el apremiante plazo de un cuarto de hora que se les concede, parecían pensar: «Aquello era para visto. ¡Si tuviera yo unas fotografías! ¡Si fuera posible informar con un aparato de proyecciones!».

Creo que fue el señor Romero, electo por Fraga y defensor de su proclamación, quien dijo, el primer día, que era lástima que no existiera una sanción penal para aquellos que sin fundamento impugnaban un acta y con ello hacían perder tiempo al Tribunal. Como medida me parece un poco rigurosa ya que es posible rebatir con un buen relato una abrumadora relación con cifras. Si Pericles probaba, aun tocando en la arena sus hombros, que no estaba vencido, creo que le es permitido a cualquier informante hacer un relato vivo y agitado de los acontecimientos del día de la elección, algo así como su película electoral, y conste que no es en desdoro de las andanzas de nadie si así califico la narración de sucesos pintorescos, sino metafóricamente y amparándome en el precedente del fuego del Paracleto y las papeletas electorales en una reductio ad absurdum.

¡Ay, si pudiera sacarse una película del instante supremo de un pucherazo, del reparto clandestino de duros, tagarninas y pantalones de panal! Todo está demasiado encomendado a la oratoria, a la retórica. Cuando se formulan acusaciones graves, siempre son vagas. Si se denuncian abominables coacciones, faltan actas de referencia - 453- y de presencia, y siempre queda pretexto al defensor para urdir un alegato convirtiendo la argumentación de su adversario en un arma de dos filos que hiera más hondamente a quien la ha esgrimido que a aquel contra quien se esgrime. ¿De qué medios dispondría el más sagaz abogado para anular cuanto pueda traer de comprometedor una cinta cinematográfica? La parte pintoresca que hoy se esfuerzan en poner de relieve cada uno de los informantes, y solo imperfectamente puede ser desenvuelta a causa de apremio de tiempo y de la pasión que atropella las imágenes y traba la lengua, habría de tener una reproducción, fiel, continua e íntegra, que no pudieran rebatir los letrados más duchos en hacer ver lo blanco negro. Y entonces los notarios se limitarían a dar fe de la autenticidad de la película electoral, de que se había hecho en el propio lugar de la elección y no en la Patagonia o los Estados Unidos, porque claro es que se corría el riesgo de que cuando se obtuviera una cinta animada, graciosa, convincente de puro real y significativa, se la prestaran unos candidatos a otros, y con una sola película se salvara de ataques toda una mayoría, empleando un recurso de empresa de cine.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

